

~~con precipitación.~~

Greiz miró a Pietrot y alzó levemente los hombros. El ordenanza le correspondió con un gesto de impotencia.

Marta llegó a su habitación tiritando. Parecía que le echaran una tras otra, capas mojadas sobre los hombros. Se acostó y se hizo un ovillo. Tenía la sensación de haber cometido un delito irreparable. Beber con un oficial de ocupación! Como si aquello no hubiese sucedido, como si en algún lugar de la aldea, en la taberna de Anrhem o en casa de los Krefled estuvieran sus hermanos platicando o discutiendo y fueran a llegar de un momento a otro! Como si la aldea siguiera su vida normal, la que gozaba dos años antes, la que parecía que iba a durar siempre!

Entonces Hernam era un lugar apacible poblado de hombres jóvenes y sanos que trabajaban, jugaban a los bolos y cortejaban a las muchachas sin sospechar lo que les aguardaba.

Cada familia tenía su propia casa, mas o menos grande y próspera, sus tierras de labor y sus vacas, alguna yegua, aves de corral y cerdos.

En Hernam no había cura ni médico, ni procurador ni cine ni sala de baile pero si una escuela a la que acudía, cuando le parecía bien, toda la chiquilleria local y la de dos o tres aldeas menos favorecidas por el ministerio de Instrucción Pública.

El maestro era una gran personalidad, quizás la más importante del lugar. Los labriegos reconocían su sabiduría aunque le querían poco a causa de su caracter reservado y uraño. Se llamaba Hasselt, no era del país, no tenía los mismos gustos ni las mismas costumbres que los lugareños. Pero había enseñado a leer a los mozos y mozas de la localidad y ejercía cierta influencia sobre los alumnos actuales y antiguos. Nadie ignoraba que él era el único del pueblo capaz de redactar una instancia o una comunicación. Cada vez que la administración del estado ponía al alcalde en un aprieto, éste acudía a Hasselt para que lo resolviera; únicamente él comprendía el galimatías administrativo y oficial, únicamente él era capaz de hacerle frente por medio de una carta o de un documento.

El cura de Mulstein iba a Hernam cada ocho o quince días a decir misa. Confesaba a las aldeanas que esperaban su venida para descargar sus pecados y comulgar. Extremunciaba a los enfermos, si los había en estado alarmante aunque no se hallaran en trance de muerte y casaba a los jóvenes que lo deseaban.

Al marcharse, el sacerdote decía a los fieles:

" Hasta el domingo próximo."

Pero a veces, no por su malquerencia sino por falta material de tiempo, no se le veía en tres semanas. Varias aldeas estaban bajo la feligresía de Mulstein. Estos villorrios o poblados se hallaban muy distantes los unos de los otros y el cura, a pesar de su buena voluntad y diligencia, no llegaba a decir misa más que en dos o tres de ellos cada domingo.

Marta lo recordaba como si fuera ayer. Llegaba a Hernam en una desvencijada bicicleta con un maletín colgado del manillar donde traía el caliz, las obleas, la vinajera, la casulla, la estola y el manipulo. La hora de su llegada, y por lo tanto, la de la misa, variaba entre las ocho y las once de la mañana. Nadie se apuraba en Hernam por semejante detalle. Los domingos, hombres y mujeres se levantaban temprano, como de costumbre y si las labores del campo o los quehaceres de la casa se lo permitían, se preparaban a oír misa. Ellos se lavaban, se rasuraban, se mudaban la ropa e iban uno tras otro a formar corro ante la puerta del templo. En verano la concurrencia de fieles era más escasa. Sólo los viejos se reunían a la sombra de los chopos y allí esperaban pacientemente la llegada del sacerdote. En invierno no se movían de la orilla del fuego hasta que oían el toque de campana. Entonces algunas mujeres, no todas, abandonaban precipitadamente los fogones, se arropaban en el pañolón, se ponían la cofia medio atravesada y corrían a la iglesia. Siempre llegaban cuando el cura estaba ya oficiando. A la hora del sermón, si de sermón había tiempo, Cyril Baumann les decía con cierta amargura.

" Para vosotros, vale más una fanega de centeno o un guisado de patatas que Dios."

Desventurado Cyril Baumann, ¿dónde andaría ahora arrastrado como tantos

otros por la tormenta?

Personaje importante también de la localidad era Thoss el cartero, hombre algo misterioso y fantástico del cual se había perdido el rastro desde el principio de la ocupación. Se ignoraba donde vivía y en que región había nacido. Andaba a pie de un pueblo a otro recogiendo y repartiendo la escasa correspondencia de los aldeanos. Llevaba unas polainas de piel de becerro, siempre las mismas. No se las quitaba ni en invierno ~~ni~~ en verano. Completaba su indumento, más o menos oficial, una vieja gorra con galón deslucido y una grasienta talega de cuero de color indefinible colgada de la bandolera. Thoss, como el cura, no tenía horas ni días fijos para llegar. Venía y se iba cuando le parecía bien y los lugareños lo recibían con gusto porque el fantástico hombrecillo siempre tenía una historia o un chisme a punto. Les traía noticias, más o menos fidedignas, del mundo exterior, de las ciudades, de los gobiernos y además les hacía reír contándoles sus aventuras. Lo que menos les importaba de Thoss era ~~que los~~ ^{su} ~~función de~~ ^{era} ~~trajera una~~ carta porque una carta para los lugareños de Hernam, ~~era~~ poquísimo ^{respetaba} mas veces motivo de regocijo, más pronto de preocupación o de duelo. Nadie negaba a Thoss una rebanada de pan y una tajada de carne curada, de vez en cuando pues suponían que no percibía sueldo del gobierno, su cargo debía ser honorífico. El cartero vivía sin duda de los convites que le ofrecían aquí y allá en los villorrios y en las casas de campo.

A menudo llegaba al pueblo gritando:

" Hoy no hay carta para nadie."

Su nariz roja, sus ojillos inyectados vivos e inteligentes, agradaban a los labriegos.

A veces traía un periódico que entregaba al maestro a cambio de un vaso de sidra. Thoss se marchaba y el periódico daba la vuelta a la aldea. Iba de casa en casa hasta que todos lo habían leído a pesar de sus ocho y hasta diez fechas atrasadas.

Por uno de esos periódicos se enteraron de que en un lugar para ellos impreciso de Europa había estallado la guerra. Las noticias eran alarmantes. Unas naciones se revolucionaban contra el gobierno, otras se preparaban

a invadir el país cercano; allá y acullá gobernantes y generales eran aprisionados y fusilados. En una columna del diario se hablaba de justicia, de derecho, de orden, de intervención militar y política, en otra se trataba a los propios reyes de traidores y de perjuros. Todo éso con frases pomposas hinchadas de énfasis, de las cuales el más instruido de los campesinos de la región, no comprendía el sentido.

Los aldeanos no se alarmaron aún; no creían que aquella gran tragedia hubiere de alcanzarlos. Les parecía que seguiría desarrollándose en un mundo extranjero y lejano como había sucedido hasta entonces. Hernam estaba a centenares de kilómetros de esos lugares; grandes extensiones de bosques casi impenetrables, la separaban de las ciudades con sus prodigiosos adelantos y sus aglomeraciones humanas. Nunca ninguno de esos hombres que exaltaban en el periódico la cultura y la civilización occidentales, había soñado en llevar hasta Hernam y otras aldehuelas vecinas, de la misma categoría, esa famosa electricidad que alumbra las casas y las calles sólo con darle vuelta a un botón. Nadie se había preocupado tampoco de procurar un médico a los campesinos. En Hernam, en Glosters, en Meaully y en otras aldeas más lejanas aún, los enfermos se curaban o se morían sin el auxilio de la ciencia. Se les aplicaban remedios caseros a base de cataplasmas, infusiones de hierbas y, a veces, exorcismos profanos. Tampoco había llegado allí ningún tribuno, intelectual o político, a exaltar el patriotismo de los jóvenes ni a hacer proselitismo cívico.

Los hombres no tenían otro ideal que la tierra y la familia, trabajaban de sol a sol en los campos: araban, sembraban, estercolaban, regaban y recolectaban. Durante los rigurosos meses de invierno, componían sus casas, ajustaban ventanas y puertas, arreglaban los muebles... Las mujeres y los niños les ayudaban en todo. En primavera y en verano eran ellas y los rapaces los que llevaban el ganado a pacer. En otoño, vacas y potros permanecían en el establo hasta que pasaba la estación nevosa. Para darles de beber, tenían las labriegas que romper a hachazos la espesa capa de hielo

que cubría el abrevadero, llenar los baldes y llevarlos hasta el pesebre. Pero al finalizar marzo todo volvía a revivir. El agua se deshela, corría danzando y cantando por todas partes. Y aunque a lo lejos, la nieve de las montañas persistía, en los campos se reblandecía fundiéndose para dar pasos a los crocos y a las primaveras y, más tarde, a las belloritas y a los miosotis.

Los hombres y las mujeres vivían entonces con los ojos y el alma puestos en la casa y en el terruño y alguna que otra vez, en el cielo, sin soñar en la política nacional y menos extranjera.

De pronto el cura dejó de ir a Hernam. Pocos días después los aldeanos observaron que tampoco iba el cartero. Hasselt dijo que esto era un síntoma alarmante. Pero los labriegos no le hicieron caso; al maestro le gustaba siempre hinchar las cosas y presentarlas por su lado más malo. Los vecinos de Hernam no creían que el país pudiera ser arrastrado a la guerra. Pero una mañana llegó un sargento con unos soldados. Preguntó por el alcalde. Una mujer fue a buscarlo al bancal donde estaba con su hijo Nicolás arrancando las últimas patatas y preparando los montones de estiércol. Krefeld no se apresuró mucho aunque la presencia de militares en la aldea comenzaba a inquietarlo. Llegó al Ayuntamiento con las manos sucias de tierra y la blusa cubierta de hierbajos. Escuchó lo que le decía el sargento: no podía dar crédito a sus oídos.

Algunas mujeres se habían congregado delante de la Casa Consistorial, esperaban curiosas e inquietas el resultado de la conferencia. Los soldados les decían sonriendo melancólicamente :

" Ha estallado la guerra, vuestros hijos también tendrán que incorporarse."

Poco después salía el pregonero que hacía las veces de secretario y de aguacil. Púsose a redoblar el tambor. Todos los hombres estaban en los campos; no podían oírlo y no acudieron.

" Es inútil leer la orden, observó con tristeza Krefeld, no la oirán más que las mujeres "

" Entonces ¿qué hacemos? dijo el sargento rascándose el cogote.

" Pregonarlo al anochecer cuando los muchachos regresen."

" Bien, dijo el sargento, y se marchó a otra aldea con la misma orden.

Los últimos reflejos del día se apagaban ya cuando volvía a redoblar el tambor. El pueblo entero se reunió frente al ayuntamiento. El pregone-ro leía en voz alta, deletreaba como los niños en la escuela. No respetaba ni comas ni puntos y separaba las palabras por sílabas ligándolas las unas a las otras. Resultaba difícil enterarse de lo que decía. Sin embargo la alarma prendió en el vecindario; habían comprendido que se trataba de movilización. Nadie quería dar crédito a la noticia. El maestro había arrebatado el papel de las manos del pregonero. Leía con el ceño fruncido. No cabía la menor duda: llamaban a los jóvenes de veintidos y veintitres años. En Hernam no había más que dos de esta edad: Nicolas Krefled y Miguel Ingrid. Al oír la noticia ambos palidecieron. Sus madres, que estaban allí también, prorrumpieron en sollozos. Ada, la madre de Miguel, dijo a éste con una vaga esperanza:

" A ti no te tomarán, no tienes el pecho bastante ancho."

Toda la aldea sabía que Miguel Ingrid era enclencle y enfermizo. Su madre se lamentaba siempre de ello delante del vecindario. Ahora parecía alegrarse de la miseria física de su hijo.

Nicolás había dicho al maestro:

" ¿Ha leído usted bien?"

" Lee tu mismo.

Nicolás leyó deletreando. No podía dar crédito a sus ojos ni a su entendimiento: La movilización! Debía incorporarse inmediatamente, debía coger un arma, dispararla contra otros hombres que no conocía, que no le habían dicho ni hecho nada, tenía que exponerse a que esos hombres lo hiriesen, lo matasen. Tal vez dentro de quince días, él, Nicolás Krefeld, uno de los muchachos más valientes y guapos de Hernam, sería ya un inválido o un cadáver. Eso no podía ser; no sería!

Catalina Krefeld seguía sollozando junto a su hijo, Pascual Krefeld no trataba de consolarla, se mordía los labios, apretaba los puños hundidos en los bolsillos del pantalón.

Toda la aldea mantenía la vista fija en Nicolás, la primera víctima en Hernam de esa orden inexorable y monstruosa. A Miguel nadie le compadecía; no creían que lo dieran por válido.

Nicolás se puso a liar un cigarrillo con algo de ostentación. Todos pudieron ver que sus manos no temblaban al llevarselo a la boca y encenderlo. En seguida masculló algo referente a las vacas y se encaminó a casa sin preocuparse al parecer, de su madre que seguía llorando presa de indescriptible dolor.

Sin darle a nadie las buenas noches, Catalina y Pascual lo siguieron. ~~Nadie se dio cuenta de nada.~~ En la placeta reinaba el silencio; sólo se oían los sollozos cada vez más débiles de Ada Ingrid. Pero de pronto como fruta que madura lentamente, una que otra palabra se desprendió del grupo de aldeanos y en seguida, otra y otra. De pronto estalló una discusión entre el maestro y Martin Rohe. Hasselt era patriota, el otro, pacifista. Al primero la guerra le parecía inevitable y heroica, al segundo, estúpida e inhumana.

Ada Ingrid contemplaba a su hijo jugando las lágrimas con el delantal. Al verlo tan amarillo de rostro con las orejas tan transparentes y separadas y el pecho hundido, sentía por primera vez en su vida, una especie de melancólica satisfacción. Ahora los mozos sanos y fuertes de Hernam no miraban ya a Miguel con ojos de despectiva conmiseración, sino con envidia Miguel sería el único a quien dieran por inútil en la oficina de alistamiento. El interesado lo pensaba también y de súbito una oleada de superioridad le hacía levantar la cabeza y mirar a los otros mozos con una mueca burlona.

Fue al otro día a presentarse a Kirch con la esperanza de volver en dos o tres días. Tenía que caminar cerca de tres leguas de 25 al grado. Ada le puso en un zurrón un pan que había amasado y cocido exprofeso para el muchacho, unas lonjas de tasajo y una tarterita con ganso en conserva.

Miguel dijo procurando reírse.

" Echa, madre, no voy a morir de hambre por el camino.!

" El camino es largo y hay cuestas."

" Deberías guardar ésto para mi vuelta, así lo celebraríamos juntos."
añadió con fingida alegría.

" El médico descubrirá en seguida lo que hay aquí, y se tocaba el pacho con la mano huesuda.

Ada lloraba de nuevo al despedirse de su hijo. Miguel la reñía.

" Cállete, mujer, cállate. Voy a volver pasado mañana o a lo sumo en tres días."

Pero cuando se quitó el gorro para recibir la bendición maternal, también por sus escualidas mejillas se escurrieron dos lágrimas.

*

Nicolás Krefeld no hablaba de incorporarse. Llegó el día siguiente al de la orden de movilización y él se levantó como de costumbre y sin emitir el menor comentario se fue al bancal. Pascual estaba ya allí y ambos comenzaron a preparar los montones de estiercol sin hablar ni mirarse. De vez en cuando el padre le echaba una ojeada al hijo. Nicolás fingía no verla. Luego el propio Nicolás observaba de soslayo a su padre. Entonces era Pascual quien disimulaba. Si por casualidad se encontraban sus miradas, ambos se apresuraban a mirar a otra parte.

Pascual parecía descubrir aquella mañana el físico de Nicolás. Nunca hasta entonces se había fijado en ciertos detalles de su persona. Admiraba de pronto los movimientos ágiles y armoniosos del muchacho, el color de su piel tostada por las intemperies, la ondulación de sus cabellos castaños donde la brisa del monte se introducía levantándolos por encima de la frente, aplastándolos por delante de los ojos. Al pensar que ese cuerpo joven sano y hermoso estaba destinado al fuego y a las balas, Pascual sentía formarse en su pecho una explosión de rabia y de odio. Odio, sí. Por primera vez en su vida, experimentaba ese sentimiento inconfortable. Odio hacia esos, no sabía quienes, que venían a arrebatarse su hijo, a arrancarlo de la tierra secular. Tierra labrada con las uñas, regada con el sudor de varias generaciones de Krefelds. Era alcalde de Hernam, por desdicha; había recibido la orden de movilizar a los mozos de veintidos y veintitres años. Le parecía el más inhumano y estúpido de los deberes mandar

a su único hijo que dejara la azada y el rastrillo condenando los sembrados a la ruina y obligarlo a empuñar un fusil, mandarlo a la muerte, él, su propio padre.

De pronto Nicolás sintió hambre, consultó la altura del sol, comprendió que había llegado la hora de almorzar. Colocó las herramientas en el suelo, se acercó a su padre.

" Me quedo a comer aquí."

Pascual lo miraba interrogativamente.

" He traído tasajo y patatas."

Sin esperar la aprobación del viejo, fué a sentarse en un margen. Sacó las provisiones y principió a comer con apetito.

Pascual regresaba paso tras paso a la aldea, iba con la cabeza gacha y los labios apretados, como avergonzado de volver del bancal sin su hijo.

A la puerta de su casa, esperándolo al parecer, estaba Hasselt.

" Miguel fué ya a presentarse."

A Pascual el corazón le dió un brinco. Sentía ~~que~~ una ola de rubor ~~le~~ subía ^{le} por el rostro. Pero su voz se conservó serena y baja al preguntar:

" ¿Tiene usted hijos, Hasselt?"

" Que pregunta, gruñó el maestro, soy soltero."

" Ah, se limitó a decir Krefeld, y, sin añadir más palabras le volvió la espalda y entró en el portalón; ni siquiera volvió la cabeza.

Hasselt se alejó murmurando.

" ¿No viene a comer el chico? preguntó Catalina.

" Se llevó comida al bancal, explicó el viejo. Pero ambos sabían ya que a su Nicolás le iban a aplicar un epíteto del que difícilmente se libraría en su vida: el desertor. Miguel se había presentado y a Miguel no le aceptarían, volvería al pueblo triunfante mientras el chico debería esconderse, huir... Había que librarlo a la muerte o dejarlo con el estigma: el desertor, el desertor....

La paz de los campos era perfecta. No se veía un alma en toda la extensión de los labrantíos. Nicolás se daba cuenta en aquel momento de lo que era la felicidad. Hallarse lejos de Ada Ingrid, no presenciar su orgullo de madre afortunada, hallarse lejos del patriota Hasselt, que a estas horas le estaría acusando de cobarde, lejos también de la hermosa y altiva Marieta Rohe, novia ahora de Gregorio Retz, sabiéndose querido aún, por encima de todo y para siempre, de Marta Mons.

Después de devorar el tasajo y las patatas, Nicolas se había tumbado en el suelo con las manos cruzadas bajo la nuca. Respiraba el olor de la tierra y el humo del estiercol. Veía una extensión inmensa de cielo azul pálido, casi blanco, escuchaba el armonioso silencio de los campos desiertos, de las praderas y de los bosques cercanos, el bronco rumor del río a lo lejos y, aquí y allá, viniendo de la falsamente dormida aldea, el inquieto ladrido de un perro.

Unas cornejas pasaron graznando, Nicolás las contó: cinco, era de buen augurio.

Cerca de su cabeza zumbaba un abejorro adormecido y a Nicolás le entraban también ganas de dormir.

Nunca como en aquel momento había saboreado con tanta emoción la paz y la armonía de los campos. Sentía impulsos de arrodillarse en la tierra, decirle a Dios su agradecimiento. Y de pronto, recordaba que esa dicha pertenecía ya al pasado. Unos bárbaros, allí a lo lejos, lo habían decretado así. Los campesinos tenían que abandonar sus labrantíos y sus aldeas, empuñar un fusil, ponerse a jugar a guerreros, matar, morir.

Nicolas sentía ahora una inquina feroz hacia esos hombres de estado. Se los imaginaba panzudos y bigotudos, repletos de manjares y vinos generosos, hacían grandes discursos y firmaban órdenes para que los otros fueran a matarse. Pensaba también en los que había que ir a combatir. No sabía quienes eran ni la lengua que hablaban. Ignoraba sus ofensas y el motivo intrínseco que los elevaba a la categoría de enemigos. No llegaba a

sentir la diferencia entre esos que se veía obligado a matar y los supuestos aliados, para ayudar a los cuales tenía que sacrificar su hacienda y su vida. Los primeros no le inspiraban ni inquina ni odio, los segundos, ni simpatía ni compasión. Por unos y por otros iba a tener que abandonar esta tierra suave y olorosa y la esperanza siempre renovada de reconquistar a Marieta o consolarse finalmente con el amor de Marta.

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo escapar a Hasselt, ese forastero exaltado y a la autoridad del alcalde, su propio padre?

Nicolás devoraba el espacio con la mirada. Irse, si, pero ¿a dónde? En cuanto llegara a un poblado o a una ciudad le cazarían como una liebre. Sólo le quedaban los bosques. Hacia el noroeste se elevaba la cordillera fronteriza poblada de abetos en su parte alta y de robles y de servales en las laderas. Se escondería allí. Pero esos bosques comenzaban ahora a teñirse de los colores del otoño, las noches se alargaban, el aire se enfriaba y el sol despedía muy poco calor.

¿Si fuera en primavera! En otoño, con la proximidad del invierno: cierzo, escarcha, ventiscas, el suelo cubierto por varios pies de nieve, las fuentes y los riachuelos helados, el monte se ponía imposible.

La vuelta de Pascual le sacó de su ensimismamiento. Púsose en pie de un salto, miró a su padre con el ceño fruncido.

" No me incorporaré."

Pascual callaba.

" Prefiero morir libre que andar con el rebaño."

Pascual callaba aún. ¿Qué se imaginaba Nicolás al decir morir libre? ¿Qué diferencia había entre ser cazado como un lobo o morir en las trincheras ametrallado? En ambos casos el chico moriría libre. El morir es tal vez la única cosa que nos procura la libertad ansiada. Pero no era el morir lo que interesaba a Nicolás sino el vivir, pobre rapaz! ¿Podía llamarse vivir esconderse en las cavernas del monte y huir a bosque traviesa ante los guardias?

Miraba a su hijo con dolorosa perplejidad. Nicolás parecía esperar la aprobación y la complicidad de su padre. Entonces Pascual le puso una

mano sobre el hombro.

" De acuerdo, muchacho."

Siguieron trabajando en el estiercol hasta muy entrada la noche. Casi a tientas llenaron aún dos sacos de patatas.

Cuando regresaron al pueblo caía una lluvia fina y persistente; producía un ruidito suave y acariciador con sus miles de gotitas vertiéndose sobre las hojas. Olía a humedad y a humo de leña. Esa sutil fragancia evocaba ya las noches de invierno con sus largas veladas y el hogar encendido y chisporroteante.

Habían llegado a la puerta de su casa, Pascual le dijo a Nicolás :

" Dile a madre, que vuelvo en seguida."

Fue a encontrar al maestro.

" Hasselt, tiene usted que ayudarme a redactar mi dimisión."

" Como, ~~gritó~~ el patriota. En estos graves momentos...

Pascual le atajó:

" No soy alcalde para tiempos de guerra."

Entonces el maestro pronunció una arenga donde no faltaban los conceptos altisonantes. Pascual Krefeld no le escuchaba. Oía de vez en cuando una palabra que lucía como una llamarada en la oscuridad de su mente: ~~Patria~~ patria, deber, conciencia, responsabilidad.... No interrumpía al patriota, esperaba con paciencia que el raudal de elocuencia se agotara. Aprovechó una pausa para decir:

" ¿Quiere usted ayudarme a redactar ese documento, Hasselt?"

El maestro comprendió con amargura: aunque estuviera hablando tres días seguidos, el campesino no cambiaría de opinión. Con gesto de impotencia y de fastidio, gruñó:

" Como usted quiera."

Y el documento se redactó, Dios ^{solo} sabe quien iba a llevarlo hasta las autoridades encargadas de leerlo pues Thoss ya no venía. Pero ese detalle no parecía preocupar a Krefeld. Firmó debidamente, cerró y selló el sobre y lo depositó en el buzón municipal.

Ya no se consideraba alcalde de Hernam, no tenía pues que formalizarse

contra la deserción y la huida de Nicolás.

El domingo siguiente no hubo tampoco misa en la aldea. Pero por la fuerza de la costumbre, los hombres se reunieron frente a la iglesia. Lucía pálido el sol, el vientecillo llegaba fresco del monte, picaba en las mejillas recién rasuradas de los lugareños y hubiera picado también en las manos si no las llevaran bien hundidas en los bolsillos del pantalón.

Los Krefeld no estaban allí y el corro de aldeanos comentaba el caso del pobre Miguel Ingrid el cual no había vuelto aún de Kirch. Ada empezaba a inquietarse, las otras mujeres la consolaban.

" Hay miles y miles de reclutas, no le habrá tocado aún el turno de pasar la visita médica.

Hablando de Miguel, Martin, el pacifista, decía a los hombres:

" Ese ya no vuelve. Para blanco de fusiles o de ametralladoras, el cuerpo de Ingrid sirve como cualquier otro. Se necesita carne de cañón, no van ~~se~~ a desperdiciar la suya.

Luego se volvía al grupo de los jóvenes.

" Uno de estos días el sargento va a ~~vener~~ a por vosotros. Pero al divisar entre ellos a su hijo Andrés, la expresión de su rostro tornose ceñuda y amarga.

" Yo seguiré el ejemplo de Nicolás Krefeld, dijo Bastian Mons.

" Todos deberíamos imitándolo, opinó su hermano Pedro.

" Y con nosotros los demás hombres de la nación, dijo Johann Kart, entonces no habría guerras."

" Si quieren matarse a todo trance que vayan ellos."

" Quienes son ellos? saltó Hasselt.

" Los gobiernos, explicó Andrés.

" No decis más que necesidades, gruñó el maestro.

Martin Rohe lo miraba con desprecio.

" Nosotros decimos necesidades, otros las hacen."

" En tonces, vociferó Hasselt, todo el pueblo está contra el gobierno? Nadie quiere ir a la guerra?

" Quien de vosotros tórtolos míos, quiere ir a la guerra? preguntó Martin

en son de mofa.

Nadie contestó.

" Es una vergüenza, exclamó el patriota.

" Alistese usted, propuso Martín.

Hubo un momento de silencio.

" Lo malo es que nos llevarán a la fuerza, observó Gregorio Retz, el novio de Marieta que había callado hasta entonces.

" Yo prefiero emboscarme, saltó Andrés con decisión.

" Eso, aceptó Bastian, que vengan a buscarme allí.

Hasselt abandonó la placeta gritando:

" Desertores, pandilla de desertores! "

*

Nicolas había perdido la paz interior. Cada sombra, cada rumor se le antojaban guardias que venían a prenderlo. Se levantaba con el día, se iba al bancal. No volvía hasta entrada la noche y se encerraba en casa. Permanecía sentado cerca del fuego porque las noches comenzaban a ser fresquitas y miraba con fijeza las llamas. A cada momento la mirada recelosa se le iba a la puerta cerrada. Esa puerta podía abrirse de pronto, dar paso a hombres vestidos de uniforme. Únicamente en la soledad de la campiña se sentía seguro, sobre todo cuando veía mucho espacio en derredor. Temía atravesar una arboleda donde podían fácilmente ocultarse un grupo de soldados. Al fijarse en el grueso tronco de un abedul, sentía escalofríos. Se ocultaría alguien detrás? Entre tanto Miguel Ingrid no volvía y nadie sabía nada de él. Ada trabajaba en los campos, en la casa y en el corral; sus ojos no paraban de derramar lágrimas. Hablaba sola acusándose de la partida de su hijo.

" Maldita de mí, madre sin entrañas, yo lo he perdido."

Una mañana llegó inesperadamente Thoss. Traía la nariz más colorada que de costumbre y los bigotes más albotados. Fue directamente a casa de los Ingrid, dijo a Ada que Miguel había sido aceptado e incorporado a un regimiento de infantería. Ya estaría a estas horas camino del frente.

Ada, en su inmensa congoja no se acordó de recompensar al cartero,

No le dió pan ni tasajo ni siquiera un vaso de sidra. Sollozaba con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza reclinada en ellos. Thoss le golpeaba la espalda, le decía alguna palabra de consuelo que la pobre madre no oía. Y de pronto echó a correr dejando a la mujer sola con su dolor. Estaba ansioso de soltar otra noticia, destinada a los Krefeld.

Encontró a Catalina sola, le participó que los guardias iban a venir a por Nicolás, lo llevarían directamente al calabozo militar de Kirch, lo someterían a juicio sumarísimo y lo fusilarían en seguida por desertor. Si tardaban aun es que estaban muy atareados encarcelando y fusilando a otros desertores.

Catalina no despligaba los labios, escuchaba al cartero con los ojos muy abiertos y la boca crispada. Le sirvió un plato de carne con nabos y un vaso de sidra.

Mientras Thoss saciaba el hambre y la sed, llegaron Hasselt y Martin interrogaron al cartero sobre la marcha de los acontecimientos mundiales. Este no sabía gran cosa. Su opinión era que todo andaba de mal en peor. Llevaba dos o tres periodicos que el maestro y el pacifista pagaron con media hogaza y unas tajadas de carne en salazón.

Thoss tuvo de pronto mucha prisa; seguramente llevaba noticias sensacionales destinadas a algun vecino de otra aldea. Se marchó después de vaciar el contenido del buzón municipal donde se hallaba aún la dimisión de Pascual Krefeld.

Su paso por la aldea y la lectura de los periodicos, aumentaron aún la inquietud de los lugareños. La conflagración se extendía por diferentes paises. Los papeles impresos decían que no se librarian de ella ni las naciones más pacíficas ni las más insignificantes. Esa riada bélica iba a invadir hasta las aldehuelas más remotas, arrastrarlo todo a la hoguera.

En Hernam, como en Glosters y en Meaully, no se hablaba más que de la guerra. Las mujeres decían llorando:

" Van a incorporar a todos los hombres, "

" Van a mandarlos al frente sin distinción de edades. "

" Nos quedaremos solas con los viejos y los niños."

" Quien cuidará entonces de las labores del campo y del ganado mayor?"

" Se perderan las cosechas."

" Se moriran las vacas faltas de forraje."

" Es la ruina y la muerte para todos."

Pero en el fondo de sus almas,esperaban aún que tardarian algo en llamarlos,o que la guerra se acabaria antes de los que se pensaban o que algún hombre se escaparia de ir al frente...

Los hombres,con un desconocimiento absoluto de la situación internacional,comentaban las razones más o menos válidas que pudieran asistir al gobierno para entrar en la conflagración. Hasselt,como siempre,hablaba más que los otros. Fuera los que fueren los motivos que obligaban al país a participar en la contienda,el deber de los ciudadanos era obedecer,no revelarse.

" Porque,seguia más y más exaltado,si la tierra secular es insultada e invadida por los extranjeros y no defendida por los nacionales,llegará pronto su destrucción total y con ella la ruina de todos.

Martin Rohe,el pacifista,le atajaba:

" El deber de un gobierno es mantener a todo trance la paz de la nación. Todos sabemos por tristes y no lejanas experiencias,que una guerra,aun ganandola es siempre un desastre para un país.

" Habla usted,replicaba Hasselt,cada vez más arrebatado,comosi el concepto de patria no existiera.

" Patria? exclamaba Martin. Qué quiere decir Patria?

" La tierra donde nacemos,el aire que respiramos,la bandera con los colores nacionales y su lema.

" Ha dicho usted tierra? Muy bien,para mi la única patria es la tierra que han labrado mis abuelos con el sudor de su rostro,la que labró yo y labrará mi hijo y los hijos de mishijo. Mi casa,mis campos y mi familia,son mi patria. Donde está la otra a la cual tengo fatalmente que sacrificar todo lo que amo en el mundo,todo lo que yo considero más sagrado ?

" Entonces para usted, la bandera con los colores nacionales, no significa nada?"

" Me inclino ante la bandera a condición que esta bandera cobije y proteja a todo lo que respeto y amo en el mundo y no lo contrario.

Los otros aldeanos, casi todos más jóvenes que los dos polemistas, callaban y escuchaban. Por sus inclinaciones de cabeza y sus movimientos de hombros, demostraban su adhesión a las ideas de Martín Rohe y su reprobación al patriotismo ciego de Hasselt. Congestionado de discutir y desesperado de sentirse incomprendido, el maestro iba a mascarse las uñas a solas.

En casa de los Krefeld, reinaba, al contrario un silencio absoluto donde cada ruido tomaba una significación dramática. Nicolás se preparaba a huir. Cerca del hogar encendido, Pascual fumaba la pipa, Catalina iba de aquí para allá con pasos silenciosos; preparaba las provisiones de boca para el muchacho.

De lo hondo de la casa donde Nicolás tenía su dormitorio, llegaba el chirrido de los goznes del ropero y cada uno de esos chirridos penetraba con un alfilerazo en la carne de Pascual y de Catalina.

Nicolás fue a calzarse las botas junto a la chimenea. Tomó en silencio el zurrón que le tendía su madre.

" Bien administradas llevas ahí provisiones para dos o tres días."

Pascual volvió la cabeza:

" Si logramos despistar a los guardias, antes de terminarlas, podrás darte una vuelta por aquí. Vigila el Torreón de los Cuervos. Si ves allí una hoguera quiere decir que no hay peligro."

Nicolás miraba interrogativamente a su padre.

" Será de noche, supongo."

" Claro, cómo podrias sino ver las llamas?"

Nicolás dió unos pasos hacia la puerta. Su padre lo detuvo.

" Aun no. Hay demasiado luz, podría verte alguien del pueblo."

Nicolás se sentó lejos del fuego como si temiera que el calorcito de

las llamas debilitara su coraje. ~~Teseaba~~ ^{Teseaba} nerviosamente con los dedos en las rodillas.

Catalina permanecía de pie con las manos escondidas bajo el delantal para que los hombres no las vieran temblar.

Los tres callaban y en el absoluto silencio de la habitación, oíase el crepitar de los leños. Algo más tarde, las bestias, impacientes empezaron a moverse en el establo; un ternero gimió lastimero, ladró un perro en los campos. Nicolás se levantó bruscamente.

" No espero más."

" Está bien, hijo,"

Se fue sin despedirse . Sus pasos resonaron en la escalera, luego en el pasadizo de abajo, ya más sordos. Rechinó y golpeó la puerta del zaguán, oyose aun el ruido de sus pisadas en la tierra endurecida. Luego nada.

Catalina se cubrió los ojos con el delantal, no podía contener más los sollozos.

" No malgastes el llanto, mujer, esto no hace más que empezar."

*

Como Thoss lo habia pronosticado los guardias se presentaron en casa de los Krefeld; venian a por Nicolás.

Pascual tenia ya preparada la respuesta.

" Precisamente está hoy mi hijo en Kirch, ha ido a presentarse."

" Es extraño que no le hayamos encontrado en el camino." observó uno de los guardias con desconfianza. "A qué hora ha salido de aquí?"

" Al amanecer, contestó Pascual sin vacilar.

" El cabo miraba fijamente a Catalina.

" Por qué no ha comparecido antes su hijo?"

La aldeana bajó la cabeza sin decir esta boca es mía. Entonces el cabo se dirigió a Pascual.

" Usted se viene ahora mismo con nosotros."

" No basta con el muchacho? gemia la mujer.

" Yo no puedo dejar la labor de la tierra, explicaba Pascual con serenidad.

No vale la pena de hacerme abandonar el arado y el abono de mis campos para llegar a Kirch y hallar a mi hijo allí."

El guardia miraba fijamente al campesino, su serenidad le desconcertaba.

" Pero, es verdad que su hijo está en Kirch?"

Sin precipitarse Pascual contestó :

" ¿Para qué le voy a mentir?"

El cabo tomó una decisión.

" Está bien, dijo. Le doy veinticuatro horas de tiempo. Si después de este plazo su hijo Nicolás no se ha presentado a las autoridades militares, venimos a por usted, nos lo llevamos y lo fusilamos sin más forma de proceso."

Pascual Krefeld no bajó la cabeza, al contrario, sonrió alzando los hombros con perfecta tranquilidad.

" No se vayan ustedes sin tomar algo."

Los hombres vacilaron un momento.

" ¿Qué haces ahí parada, mujer?" gritaba Pascual a Catalina, "saca los chorizos y el aguardiente."

*

Llevaba Nicolás más de dos horas vigilando. Mucho antes del atardecer su mirada se había clavado en las ruinas de la torre, mancha parduzca sin perfiles acusados, pérdida casi en la vasta llanura. El ruinoso edificio fué palideciendo hasta mezclarse con las sombras de la noche, desapareció por entero confundido en ellas. Pero el joven Krefeld no le apartaba la mirada, Temblaba de frío y de impaciencia pensando que tendría que pasar allí una noche más, cuando creyó distinguir una mancha roja luminosa. La mancha se agrandaba, brillaba con más fuerza. Pronto se convirtió en la única cosa viva y palpitante en aquel mundo de sombras. Por el color y el tamaño de las llamas, comprendió Nicolás que se trataba de una señal. Pásose en seguida en camino.

Llegó a Hernam antes de los nueve de la noche.

La aldea parecía dormida, envuelta en silencio y sombras. Pero sobre el tejado de su casa, vió Nicolás flotar una nubecilla de humo. Comprendió

Lo estaban aguardando.

Entró por los corrales, atravesó el establo, subió directamente a la cocina. Halló a los dos viejos sentados junto al fuego. Al verlo, Catalina se puso en pie, Pascual se sacó lentamente la pipa de la boca. Ninguno de los dos habló nada.

" Buenas noches," dijo el muchacho.

Sentose junto al fuego en el lugar que ~~dejaba~~ vacío su madre. Empezó a secar se las botas y a restregarse con insistencia las manos. Las apartaba y las acercaba a la llama y volvía a restregar.

Catalina le sirvió un buen plato de nabos. El se puso a comerlos con ansia, los despachó en un santiamén.

Cuando se hubo calentado y saciado miró interrogativamente a Pascual pero éste no decía nada. Entonces Nicolás preguntó :

" Lograste despistar a los guardias?"

" Sólo por hoy, mañana vendrán de nuevo a buscarte."

Nicolás palideció, la mirada se le agrandaba y la boca se le entreabía de puro desconsuelo.

" Si no te encuentran me llevarán a mi en tu lugar, me fusilarán por encubridor."

Nicolás permanecía con la mirada clavada en la de su padre. Deseaba decirle que no permitiría ese sacrificio. Iria a Kirch, sufriría el castigo que la ley marcial le impusiera. Pero no podía decidirse a hablar. Después de esas palabras toda esperanza de salvación se le escapaba, y la vida le parecía más apetecible que nunca. Amaba a Marieta, Marta le amaba, podía ser feliz con ella; amaba la labor de la tierra y el olor de los terrones removidos, amaba la caricia del sol sobre su cuerpo y todos los placeres honestos: el juego de bolos, el baile, las excursiones... Tenía veintidos años, era horrible dejarse fusilar!

Pascual seguía mirando a su hijo sin pestañear. Y esta mirada penetrante parecía comprender todos los pensamientos, todas las ansias del muchacho.

" Huyamos, dijo como si lo hubiera decidido de pronto.

Una voz muy debil decia dentro de Nicolás: " No, tu te quedas en casa con madre y en los campos, yo me presento en Kirch, que suceda lo que Dios quiera". Pero esa voz no le salia del cuerpo. Y Pascual seguia mirándolo con las pupilas brillantes.

Catalina suspiró.

" Qué les digo a los guardian cuando vengan a por vosotros?"

" Diles que estamos trabajando en el bancal, que vayan a por nosotros alli

" Y al no hallaros, volverán y me prenderán."

" Tu aseguralas que no sabes una palabra. Finge sorpresa y hasta indignación por nuestra conducta."

Volvió el rostro hacia Nicolás.

" Vamos?"

Entonces el muchacho comprendió que su padre lo tenia ya todo preparado para huir y, a su admiración y a su agradecimiento hacia Pascual se mezclaba la confusión y la verguenza de su propia cobardia.

Media hora después Catalina estaba sola en la gran casa. Marido e hijo se habian alejado después de haberle dado instrucciones. Nadie podia prever cuando volverian.

Sentada a la orilla del rescoldo, Catalina no se atrevia ni a sollozar.

*

Siguieron primero el camino que bordea la ladera del monte como si quisieran ganar la cordillera fronteriza. De pronto, Pascual, que iba delante, tomó un senderillo a la izquierda, principió a trepar por la espesura. La oscuridad era completa, pero cisaba conocer el terreno palmo a palmo para orientarse de noche en aquella maraña selvática.

Pascual no vacilaba y Nicolas le ~~seguía~~ pisandole casi los talones. Hasta que el viejo se paró en seco con lo ~~que~~ no pudo evitar que Nicolás se le echara encima.

" Qué pasa, padre?"

" Se acabó la vereda."

Continuaban trepando a través del bosque. Las piernas del viejo vacila-

ban entonces, tropezaban con plantas espinosas, con ramas desprendidas de los árboles. Oíasele la respiración precipitada y jadeante.

Nicolas sentía pesar y vergüenza. Pascual no servía ya para esos trotes. No debía haberle permitido que dejara la casa, que se expusiera a los peligros de semejante aventura.

Hasta entonces siempre había pensado en Ingrid con cierto desprecio, siempre se había considerado superior a él. Y, de pronto, le sucedía lo contrario. A Ingrid no le perseguían los guardias, Ingrid gozaba de la consideración de los demás ciudadanos, Ingrid no sacrificaba a su madre. Podía ir por el mundo con la cabeza alta. Ese pobre muchacho enclenque y dócil incapaz de revelarse contra ningún poder constituido, podía apoyar la mejilla en una almohada y dormir con la conciencia en paz. Obediencia y resignación, virtudes que Nicolas despreciara hasta entonces, pues parecían propias de cobarde, se le presentaban ahora como dotadas de cierto heroísmo.

Pascual seguía jadeando y suspirando. Nicolas iba a decirle: "Vuelve a la aldea, padre, yo seguiré hasta Kirch por la ladera del monte" Pero ninguna palabra salía de sus labios apretados.

Un momento después Pascual prorrumpía en maldiciones y juramentos. Al oírlo jurar por todos los diablos, Nicolas se tranquilizaba. El viejo era aún fuerte, sus reacciones eran las de un hombre joven.

Pascual se detuvo de pronto. Acababa de hallar la gruta que andaba buscando .

" Ya estamos en nuestra nueva casa."

Entró seguido de Nicolás.

" Supongo que deberemos compartir la vivienda con las aves nocturnas."

" Habrá que contemporanizar con ellas."

En la concavidad de la roca sus voces resonaban como deflagraciones. Pero ya no tenían más que decirse. Sentaronse a la puerta de la cueva, porque a pesar de todo, allí era algo más claro que en el interior, devoraron en silencio una parte de las provisiones preparadas por Catalina. Y, en seguida, se envolvieron cada uno en su manta y se durmieron.

Así empezó para los Krefeld, aquella existencia dolorosa de emboscados, mezcla de hocio y de miedo. Se pasaban el día en el escondrijo cuya entrada disimulaban con ramas. Unas veces temblaban de frío, otras de miedo o de impaciencia. No se atrevían a cazar venado ni a encender una hoguera temiendo que el ruido de los disparos o el humo del fuego los denunciara a sus perseguidores. Siempre estaban con el oído alerta. El susurro del viento en las ramas, o el paso de algún corzo o cervato por la maleza, se les antojaban pasos cautelosos de hombres en acecho.

No hablaban nunca entre ellos parte por precaución, parte porque padre e hijo se sentían de pronto extranjeros el uno al otro. Y, en efecto, qué tenían en común aquellos dos hombres acorralados, inactivos, recelosos y tristes, con aquellos Krefeld de antes, campesinos activos y sanos, alegres y decididos ?

Solo se atrevían a salir de la caverna cuando la oscuridad reinaba en el bosque. Se quedaban de pie cerca de la entrada, espiaban los rumores y las sombras nocturnas. Respiraban ávidamente el ciercecillo de las cimas, lo saboreaban como un nectar. Pero se cansaban pronto de aquella inmovilidad y volvían a tumbarse al fondo de la madriguera.

No se separaban nunca de las escopetas. Nicolas estaba decidido a no dejarse cazar. Tiraría contra el primero que intentara ponerle la mano encima fuera quien fuere.

" A mi vivo, no me cojen" decía a su padre.

Pascual detestaba la violencia pero estaba también decidido a matar. Lo que unas semanas antes le parecía aún monstruoso, se le antojaba ahora lógico y natural: defender la vida y la libertad de su hijo, defender sus propias vida y libertad.

Las dos escopetas estaban allí al alcance de la mano única garantía de que no los tratasen como a reses destinadas al sacrificio.

Dos veces por semana, Catalina les llevaba un zurrón con provisiones. Lo dejaba en un lugar convenido de ante mano y Nicolás iba a recogerlo.

La madre y el hijo no se encontraban nunca. Catalina no tenía hora fija para salir. Su marcha dependía de hechos imprevisibles. La luna, pobre

y pálida forma melancólica y fría, retrasaba o adelantaba la salida de la labriega? su reflejo, a veces muy pálido y través de las nubes, esparcía por los campos y los bosques una claridad espectral que llenaba a Catalina de Terror. Cualquier cosa bajo aquella luz, parecía extraña y fantasmagórica, y, por lo mismo, terrorífica.

Para evitar en lo posible enojosos encuentros, salía por detrás de la cas, por el lado de los corrales, tomaba a campo traviesa hasta llegar al bosque. En la soledad de las espesas arboledas, profundas y altas como bóvedas de gigantescas catedrales, se sentía presa de una invencible desolación. Era terrible tener que atravesarlas durante la noche cuando las sombras convierten lo pequeño en inmenso, lo amable en espantoso, lo insignificante en trascendental. La oscuridad deformaba los objetos y el silencio agrandaba los sonidos. El ruido de sus propios pasos en la hojarasca, se le antojaba el roce cauteloso de un animal selvático, o, lo que es peor, un guardia escondido. Parabase con las pupilas dilatadas y el oído en acecho; en las frondas reinaba una quietud amplia y profunda como la misma noche. todo parecía dormir, animales y plantas. "Pero los lobos caminan sin hacer ruido", pensaba de pronto la labriega. Y, en seguida el corazón precipitaba Catalina sus latidos, tenía que pararse para respirar. Un momento después, las palpitaciones se le calmaban, se tranquilizaba pensando que aún no había llegado el invierno, la nieve no cubría los bosques ni la llanura; los lobos no saldrían hasta que el hambre los obligara a ello. Apresurando el paso y sin detenerse a descansar, la labriega empleaba sus cuatro buenas horas en ir y venir. Tenía que volver a casa antes del amanecer para evitar que la viera algún vecino madrugador.

En el bosque la atormentaba el temor a las fieras, en la aldea el temor a los hombres. Los guardias iban a volver, era extraño que aun no hubieran venido. Al no encontrar ni a Nicolás ni a Pascual se la llevarían a ella. Catalina se horrorizaba al imaginarlo. Si la encarcelaban, quien llevaría el alimento a los dos emboscados, quien cuidaría de los animales domésticos?

De vez en cuando, y ~~señal~~ ^{sin} saber a que atribuirlo, en medio de todas sus preocupaciones, sentía un inusitado y cálido amor a la vida. Su misión en la tierra no había terminado aun. Tenía que asistir a la boda de Nicolás con una bonita y acomodada muchacha de la aldea, seguramente Marta Mons ya que Marieta Rohe se decidió ya por Gregorio Retz. Tenía que asistir al nacimiento del primer hijo y cuidarlo y mimarlo mientras el padre y la madre estaban en los labrantios o en los corrales.

Pero estos dulces pensamientos duraban poco; una sombra, un rumor los desvanecía. Un haz de leña abandonado al borde del camino, un tronco muerto con una o dos ramas desnudas abiertas como brazos, se le antojaban un guardia pronto a echársele encima.

Una vez en casa era todavía peor porque ^{de} allí no podía escaparse. Cuando vinieran a aprender a Pascual y a Nicolás, mostraría ella bastante aplomo para hablarles según las instrucciones de su marido? La creerían los gendarmes cuando afirmara ignorar el paradero de los dos fugitivos?

*

Nicolás iba una noche a recoger los vivires. Estaba ya cerca del lugar donde su madre los depositaba de costumbre cuando oyo en la maleza el leve frote de un cuerpo extraño. Se paró, levantó el gatillo de la escopeta permanecía inmóvil, sólo sus ojos se movían. Iban rápidamente de derecha a izquierda, de arriba abajo. Descubrió un bulto quieto entre los matorrales. Su tamaño y forma eran los de un hombre agazapado. Nicolás apuntó con cuidado; no se trataba de herir sino de matar y de un sólo tiro a ser posible.

" Eres tú, Nicolás? susurró una voz femenina.

El desertor sintió que se le helaba la sangre. Sus manos empezaron a temblar. Parecía la voz de su madre. Sin embargo seguía apuntando.

" Quien és? dijo con el dedo aun en el gatillo pronto a soltarlo.

El bulto se corrió ligeramente .

" Soy yo, Nicolás."

Ya no había duda; era la voz de Catalina.

" He estado a punto de matarte" dijo con tono represivo.

" Es que el maestro os ha denunciado "

" ¿Cómo lo sabes? "

" Me lo ha dicho Martin. Esta mañana llegó Thoss. Hasselt le entregó un sobre sellado recomendándole que tuviese cuidado con él. Iba dirigido al capitán Fridmann jefe de la oficina de reclutas. "

" Eso no quiere decir nada. Hasselt puede querer alistarse. "

" No, insistió Catalina, Martín ha hablado con él, sabe que os denuncia. Indica al capitán el lugar aproximado donde os escondeis. Martin ha venido a avisarme, dice que ahí ya no estais seguros. "

Nicolás reflexionaba.

" Y, ¿a donde vamos a ir ahora? "

" Yo que se... "

" Si tenemos que dejar el país más vale que me entregue ahora mismo. Nos detendrán antes de llegar a la frontera. "

Se mantuvieron un momento callados. De pronto Nicolas tomó violentamente a su madre por un brazo.

" Iré a Kirch, me presentaré en la oficina, diré que he estado enfermo. Quizas no me fusilen. Me mandarán a las líneas de fuego o a los sitios de más peligro. No llores, madre, quien sabe, a veces las balas respetan a los soldados, aun puedo escapar a la muerte. "

Dió un paso en la oscuridad, apretó los puños.

" Pero antes, he de ajustarle las cuentas a Hasselt. "

*

Al día siguiente, muy temprano, los Krefeld regresaron a la aldea. No parecían ya los mismos que cuando se fueron. Iban rotos y sucios, llevaban barbas hirsutas y largas cabelleras, miraban de soslayo con miedo y con provocación.

A penas se habían secado los pies y la ropa cerca del fuego que encendió Catalina, y engullido las sopas deliciosamente calientes que la mujer les preparó, cuando Pascual cogió de nuevo la escopeta.

" Vuelvo en seguida. "

Comprendió Nicolás que iba a hablar con Hasselt.

" Deja que te acompañe, padre."

Pascual empujó a su hijo haciéndolo sentar de nuevo en la silla.

" Me basto solo."

Cuando hubo salido, Catalina sacó un rosario de la faldriquera, empezó a rezar.

Nicolás trató de burlarse de su madre, reíase con risa bronca y destemplada, la labriega lo miraba severamente y seguía rezando.

Nicolás cesó de reír, quedose quieto y silencioso mirando de reojo a Catalina hasta que se le humedecieron los ojos.

" Hay que darle de comer a los cerdos." dijo ella de pronto y siguió pasando las cuentas una tras otra sin dejar de rezar avesmarías.

Nicolas se fue a la zahurda.

Pascual había llegado ya a casa del maestro. Lo halló sentado ante una taza de leche humeante. Mojaba pan en ella sin dejar de leer el periódico que tenia extendido ante los ojos sobre la mesa. Cuando Krefeld empujó la puerta, el maestro creyó que se trataba de alguno de sus alumnos.

" ¿Que quieres? gruñó sin levantar la vista del papel. El periodico publicaba noticias muy interesantes. Después de haber ocupado varios paises, el enemigo invadía ya el territorio nacional. Se libraban tremendas batallas y... por inexplicable que parezca, los invadidos las ganaban. Para un ferviente patriota como Hasselt estas desconcertantes nuevas resultaban consoladoras. El maestro era de esos hombres que sienten un respeto sagrado y otorgan una fe ciega a cualquier papel impreso. Cuando al fin levantó la vista y vió a Krefeld armado, palideció y quiso levantarse de un salto. Pascual le había puesto una mano en el hombro y esa mano pesaba como hierro.

" Quieto," dijo.

" He de ir ahora mismo a la escuela," masculló Hasselt echando una ojeada al reloj de péndolo.

La boca del cañon de la escopeta de Krefeld le rozaba el hombro.

" Si los guardias se llevan a Nicolás, tu no escapas con vida."

Le tuteaba por primera vez y ese tuteo mostraba su desprecio.

Con voz aguda de falsete el maestro chilló:

"¿A mi con esas? Soy yo el desertor, acaso?"

"Eres el denunciante, maldito. Te parece poco, cobarde?"

Hasselt había logrado dar un salto, se hallaba cerca de la puerta.

"No he venido a matarte", rugió Krefeld, "solo a advertirte. Si detienen al chico date por muerto."

Hasselt estaba ya en la calle, vociferaba para que toda la aldea le oyera.

"Desertores, encubridores y ahora asesinos!"

"Vete en seguida de Hernam", vociferó también Pascual, "Vete pronto si no quieres salir con los pies pa adelante."

*

Pero ni los guardias vinieron a detener a Nicolás ni Pascual hubo de ejecutar su amenaza: Las tropas enemigas invadieron toda la región, ocuparon Kirch y, entre otras poblaciones fronterizas, Mulstein, cabeza de partido, Meaully, Glosters y Hernam.

Hasselt desapareció una noche y nunca más volvió a hablarse de él.

En el Ayuntamiento ondeaba ahora la bandera del ocupante y un pasquin enganchado en la puerta principal pedía a los aldeanos respeto y obediencia hacia las autoridades de ocupación.

De momento nada se exigía a los ocupados, los militares se mostraban con ellos considerados y casi amables. El Estado Mayor de la región se había instalado en Kirch y los militares aparecían poco por las aldeas.

Los lugareños empezaron a creer que la ocupación era preferible a la guerra; ^{no se} ~~nadie~~ les hablaba ahora de movilización, los desertores se convertían en aliados.

Los hombres trabajaban en los campos, nadie se metía con ellos.

Poco tiempo después principiaron las requisiciones y unos días más tarde el capitán Drel, jefe del grupo de aldeas reunidas a la jurisdicción de Mulstein, mandó llamar a Martin Rohe, el único aldeano que comprendía y champurraba el idioma del ocupante.

El joven militar recordaba muy bien que el día de la ocupación, había platicado amistosamente con el viejo campesino y éste le había dicho: "Soy pacifista. No creo en las fronteras políticas ni en las diferencias de raza. No acepto la violencia y creo, por encima de todo, en la fraternidad universal." A Drel le había gustado el discursillo de Martin. En boca de un enemigo vencido estas palabras le parecían acertadísimas. Si las hubiera pronunciado uno de sus subordinados, se le antojaran insultos a la patria, traición a la idea de nacionalidad, comunismo o anarquía; le habría mandado fisilar sin más forma de proceso.

Enviaba a buscar a Martin Rohe para entregarle el nombramiento de alcalde de Hernam. El viejo campesino no había sido consultado; se le mandaba traducir y colocar un edicto en ser alcalde. Luego le ordenó ~~que tradujera y colocara~~ el Ayuntamiento donde se decretaba la movilización parcial de los jóvenes, (entre los movilizados estaba Andrés Rohe, el único hijo de Martin)

"Estos muchachos," dijo el capitán con tono condescendiente, "irán a trabajar a la frontera, ruso-polonesa." Añadió riendo:

"Es una buena ocasión de viajar e instruirse."

Martin Rohe escuchaba sin pestañear. Mantenía sus ojos vivos y penetrantes fijos en los benévolo del oficial. Su mirada no expresaba ningún sentimiento, parecía una vidriera cerrada donde sólo se reflejaba la luz exterior. El oficial no podía comprender lo que el viejo sentía y por otra parte poco le importaba comprender; lo que interesaba era ser obedecido.

Por primera vez en su vida y a pesar de su profundo pacifismo, el campesino pensaba en matar, toda su alma se hallaba como sumergida en este deseo. No había nunca odiado a nadie y de pronto, como un alud, el odio y la violencia lo avasallaban. Sentía un cosquilleo especial en las manos; le parecía que ellas solas, sin el concurso de su voluntad, podrían rodear el cuello del oficial, tan bien ajustado en la tela rígida y galoneada y apretar, apretar hasta que aquellos ojos infantiles azules como el cielo de un día de verano, salieran de las órbitas. Martin veía esas pupilas limpias y luminosas, oía ese odiado lenguaje gutural y cada segundo que transcurría le traía el anhelo más fuerte de extinguir esa luz y ese sonido.

Oyó su propia voz, por lo menos la que salía de su cuerpo, diciendo al oficial de ocupación que todo iría a pedir de boca. Podía marcharse tranquilo.

Cuando Drel hubo abandonado el Ayuntamiento, Martín permaneció un buen rato inmóvil. Luego se dispuso a traducir y a enganchar la orden de los nuevos dirigentes del país. Pero al ir a leer y tratar de redactar aquellas simples pero terribles palabras que destruían para siempre la prosperidad y la paz de la aldea, el pecho se le llenó de sollozos.

Salió del Ayuntamiento con el papel en la mano, la cabeza gacha y así, de hogar en hogar, iba con la noticia; sembraba a su paso la desolación y el dolor.

Reunidos en casa de Pascual Krefeld los aldeanos discutieron la mayor parte de la noche. Unos creían que lo mejor era emboscarse, otros preferían tratar de escabullirse y ganar la zona libre. Ninguno estaba dispuesto a aceptar y obedecer las órdenes del ocupante.

" Si nos presentamos, decía Bastian Mons, podemos despedirnos para siempre de la familia y de la aldea."

" Nos mandaran a labrar sus tierras mientras las nuestras se cubren de hierbas y se inutilizan." añadía Andrés Rohe.

" En esos climas rigurosos enfermaremos pronto y moriremos," suspiraba Gregorio Retz, el novio de Marieta.

" Al primer acto de desobediencia nos fusilarán", casi sollozaba de rabia Johann Kart.

" Queda la resistencia pasiva," insinuó Martin Rohe.

" ¿De qué nos va a servir la resistencia pasiva entre las bayonetas y los látigos?

La voz de Nicolas Krefeld dominó por fin todas las otras.

" Basta de comentarios inútiles, muchachos. Lo que importa es saber si obedecemos o si nos escapamos."

" Escapémonos pero todos juntos. Porque los que se queden pagarán por los demás," dijo Bastian Mons.

" ¿Qué decíamos? preguntó Bastian Mons.

" Qué decidimos? preguntó Andrés.

" Yo decido no presentarme,

" Yo igual.

" Yo lo mismo."

" El que esté dispuesto a presentarse al cuartel general, que levante la mano", propuso Pascual.

No se levantó una sola mano.

Así fué como los hombres de Hernam entraron en la resistencia.

Por unas hojas clandestinas que circulaban por las aldeas, sabían los labriegos que una gran parte de la nación se negaba a someterse al vencedor. Se estaba organizando un ejército de guerrilleros en diferentes lugares del país. Los aldeanos no tenían la menor idea de quienes eran los jefes del movimiento ni donde podrían hallarlos, en caso de haberlos.

A Pascual Krefeld, que casi automáticamente tomó el mando de los resistentes, se le ocurrió enviar a dos o tres emisarios para que indagaran las disposiciones pacíficas o bélicas de los otros aldeanos.

Unas horas después volvían con el informe: en Glosters, en Meaully pocos eran partidarios de la obediencia, la mayoría se habían echado ya al monte. En Mulstein, todo el pueblo, con el cura y el alcalde a la cabeza, se hallaban en franca rebeldía. Ni un solo hombre había respondido al llamamiento de las autoridades militares de la región.

Estas noticias acabaron de decidir a los de Hernam. No tenían más armas que sus escopetas de caza, algunas viejas pistolas y sus cuchillos, pero les animaba la indomable voluntad de no someterse. No se hacían ninguna ilusión respecto de sus probabilidades de éxito. Por otra parte no se trataba de librar batallas a la antigua usanza, salvar al país del oprobio y cubrirse de gloria. Sólo se trataba de resistir, hasta el límite de sus fuerzas.

Por los senderillos del bosque, tan escarpados y estrechos que a veces había que agazaparse para pasar, los rebeldes de Hernam se comunicaban con los de las aldeas vecinas cuyas madrigueras se hallaban también al pie de

las cumbres. Estos, a su vez, recibían instrucciones de los centros de resistencia más importantes. Se les recomendaba sobre todo, que no emprendieran ninguna acción parcial, que se mantuviesen quietos reservándose para el momento propicio.

Las mujeres, que el enemigo vigilaba, podían difícilmente comunicarse con ellos y proveerlos de víveres. En el monte había poca caza y los emboscados no se atrevían a descargar sus escopetas cuyos estampidos resonarían en repetidos ecos de un extremo a otro del bosque.

Espías y mensajeros lograban sin embargo burlar la vigilancia del ocupante, tenían al corriente a aquel puñado de hombres de lo que sucedía en la llanura. Por uno de ellos supieron lo sucedido en Hernam.

El capitán Drel se había desenmascarado, requisaba el ganado, el forraje, las patatas. Ya no trataba a Martín como a un colaborador pacífico sino como a un lacayo. Se alojaba en su casa, ocupaba la habitación vacante de Andrés. " Su hijo no volverá a ocuparla jamás, puedo tranquilamente instalarme en ella hasta el final de la ocupación", le había dicho. Y como si ésto fuese aún poco se había puesto a hacer descaradamente el amor a Marieta. Cuando los resistentes se enteraron de estos detalles, sintieron el odio crecer en sus almas. Olvidando las prudentes recomendaciones de los jefes del movimiento, decidieron emprender una acción parcial contra el capitán y su tropa.

Pascual Krefeld trató de oponerse. Decía que esa acción sería una falta de disciplina y además una grave imprudencia. Pero los jóvenes, sobre todo Gregorio, Andrés y Nicolás, no podían perdonarle a ese militar presumido el haberse instalado bajo el mismo techo que la hermosa Marieta. Objetaron a Krefeld, su padre, que estaban hartos de pasar frío y hambre esperando a que uno de esos jefes fantasmas de la resistencia nacional dignara ocuparse de ellos y asignarles un papel en la lucha.

" ¿Qué les importa a esos jefazos, seguían diciendo con amargura, que Hernam sea arruinada y sus mujeres deshonradas? "

" Somos nosotros, los ofendidos, los escarnecidos, los que debemos obrar y

en seguida."

" Tengamos paciencia, muchachos" ^{seguía} aconsejando Pascual, "es pronto aún para lanzarse a un ataque. Además, ^{cómo} va a luchar con éxito un grupo de guerrilleros por valientes que sean, contra un ejército organizado?"

" No queremos atacar al ejército, sólo queremos atacar a Drel y a sus hombres."

" Estampaos anhelantes de acción."

" Si seguimos así acabaremos por matarnos los unos a los otros."

" Primero despachemos a Drel. Luego veremos lo que se hace. Suceda lo que suceda a ese desvergonzado presuntuoso, ya no habrá quien lo resucite, exclamaba con vehemencia Nicolás.

" Marieta quedará vengada," añadía Gregorio Retz.

A pesar ^{de ser} ~~de ser~~ él el novio de Marieta, no mostraba ni la cólera ni la prisa de Andrés y de Nicolás.

Pascual Krefeld, en desacuerdo con el ataque, dijo que de momento dejaba sus funciones de cabecilla. El hermano y el ex novio de Marieta no vacilaron en asumirlas.

Mauricio Egger, hijo único de la viuda Egger, mocete de dieciseis años, se ofreció como voluntario para llegar a la aldea. Iría y volvería a favor de la noche, se deslizaría hasta su casa, bastante apartada de Hernam, casi a medio camino de Meaully. Solicitaría la indispensable complicidad de Erika y de Marieta para el proyecto vengativo que estaban tramando. El muchacho estaba contento de servir a la causa y al propio tiempo abrazar a su madre.

Dos días después volvía sano y salvo. Había desempeñado su misión, habló con Erika y con Marieta. Las dos mujeres se mostraban dispuestas a colaborar estrechamente en la ejecución del proyecto. Les rogaban que no lo demorasen.

Mauricio debía volver a la aldea con las instrucciones definitivas. Su madre le había puesto unas faldas, un mantón y una cofia. Opinaba que disfrazado de mujer despertaría menos sospechas caso de ser visto de lejos

circulando por los caminos.

Mauricio Egger recibió con agrado las felicitaciones de sus compañeros. Luego se pusieron a madurar el plan procurando no olvidar ningún detalle. El espíritu de los resistentes se había levantado ante la perspectiva de una acción inmediata. Estaban animados y, de momento, el frío y la escasez de viveres pasó a un plan secundario. Todos hablaban a la vez, discutían, estructuraban, modificaban el plan de batallas. Sólo Pascual permanecía pensativo. El entusiasmo de los otros no llegaba a comunicársele. Sin embargo prometió formar como un soldado más ^y tomar parte en aquella acción temeraria.

Marieta como las otras aldeanas, trataba de sustituir a los hombres en las faenas del campo. Iba a los tablares y al bosque a cortar leña antes de los grandes fríos. Ultimamente permanecía alejada de la aldea casi todo el día. Quizas Gregorio, exponiéndose a ser cazado, se atrevía a bajar hasta dos o tres kilómetros, y, en la espesura del tupido robledal conversaba con ella un momento. Quizas bajaba Mauricio vestido de mujer y mientras fingía ayudar a la joven a cortar o a recoger leña como una auténtica mujeruca del pueblo, le susurraba ciertas instrucciones para la anhelada venganza.

Al atardecer, todas las labriegas regresaban a la aldea, Marieta también, y, a menudo, aceptaba un convite del capitán. Martín y Edwich que no estaban al corriente de lo que se preparaba, ^{yendo} ~~oían~~ reír a su hija con el oficial, ~~de~~ ~~compasión~~, lloraban de dolor y de vergüenza en la cocina.

Al lado de la hermosa Marieta Drel olvidaba por un momento su misión de jefe de ocupación. La muchacha ~~lo~~ atraía y su vanidad de joven oficial vestido con brillante uniforme, le daba alas para creer que la joven campesina comenzaba a interesarse por él. Marieta se mostraba menos esquiva que tiempo atrás, la conquista prosperaba a ojos vistos.

Servidos por un ordenanza tieso y serio como un autómatas, Drel y Marieta comían, bebían, se sonreían el uno al otro y cambiaban algunas palabras. No se decían nada de particular aunque más de una vez trató él de sonascarla a propósito de los resistentes. Cuando esto sucedía, Marieta dejaba

de sonreír y la velada terminaba antes.

Otras veces era Drel quien recordaba que aquella muchacha tan atractiva era la hermana y quizás la novia de uno de los resistentes emboscados. Entonces se le fruncía el ceño y callaba. Ante ese cambio de actitud la muchacha se ponía de pie y, sin decir palabra, abandonaba la estancia. Al ver esto el joven capitán se arrepentía de su torpeza, se prometía ser más cauto y más emprendedor.

Oscurecía pronto, las veladas eran frías y el comedorcito inhospitalario, por eso Drel y los Rohe veíanse obligados a pasar unas horas juntos en la cocina junto al hogar encendido. Por regla general nadie hablaba; a las escasas preguntas del capitán sólo respondía Martín con la mayor brevedad posible. En aquel silencio embarazoso los ojos del joven no se apartaban de Marieta, expresaban admiración y deseo.

Cuando Edwich y Martín se levantaban para irse a acostar, la joven no se movía.

"Vamos, Marieta," decía Martín disgustado.

Ella lanzaba una rápida ojeada a Drel, la sangre del joven se ponía a circular más aprisa.

La voz de Martín o de Edwich repetía desde el umbral.

"Marieta, a dormir!

La muchacha se levantaba con lentitud como si le doliera irse.

"Buenas noche, capitán"

Una ~~vez~~ ^{día} se quedaron un momento solos; Drel no pudo contenerse. Asió a Marieta por la cintura y la besó en la boca. Ella no protestó, ~~solo~~ sus ojos despedían un extraño fulgor. Desprendiose de los brazos de Drel, susurró:

"No vuelva a hacer eso aquí, padre..."

"Pues, ¿dónde?"

Marieta había desaparecido pero aquel beso avivaba el deseo del capitán.

Así que pudo de nuevo quedar solo con ella, le propuso que le concediera una cita. La muchacha se mostró turbada pero al cabo de un rato de súplicas acabó por aceptar un paseo a orillas del río. Díjole que no debían ir juntos ~~porque eso causaría escándalo y la gente~~

tos porque eso causaría escándalo y Martín se pondría furioso.

Varias hileras de gigantescos álamos blancos se extendían a lo largo de la corriente, formaban espesura, daban sombra a una extensión de más de dos kilómetros. Durante las tardes de estío, parejas de enamorados, solían ir a la alameda. Cuantas veces habían paseado Marieta y Gregorio por aquel lugar. Ahora la muchacha estaba allí sola, esperando al capitán. Hacía un esfuerzo para contener las lágrimas que pugnaban por saltársele de los ojos: "Perdon Gregorio, perdon amado mio."

Parecíale de pronto que su novio estaba a su lado, la miraba con sus ojos claros relucientes de amor. Parecíale también que le tendía sus labios insaciables. Casi sentía el contacto de aquella boca amada. Tal vez ~~en~~ ^{en} esas horas de voluptuosa dicha no volverían más. Que ligera e inconsciente había sido negando a Gregorio la entrega total de su cuerpo cuando él se lo pedía ~~con pasión~~. Podría jamás demostrarle que se arrepentía de ello? De pronto, oyo un paso marcial en la bojarasca, compuso precipitadamente la expresión del ^{su} rostro, fingió una agradable sonrisa. Sin pérdida de tiempo el capitán la tomó en sus brazos, principió a besarla con ansia. Ella ~~ap~~ ^{abr}taba el rostro, quería evitar aquellos labios pero él volvía una y otra vez a comenzar. Marieta se puso a bromear y le afeaba ~~la~~ ^{la} falda de sentimentalismo pero Drel se reía con cinismo y trataba de acercarse de nuevo a su boca. Entonces la joven comprendió que había cometido una estupidéz al no venir armada. ~~Para matar al capitán no hacia falta movilizar a los muchachos. En aquel momento se sentia con fuerzas sobradas para~~ ~~var la acción a cabo.~~ *despacharlo ella sola.*

Entretanto Drel seguía acariciándola y nadie hubiese librado a la joven de una nueva y mas irreparable afrenta si en aquel momento un ruido de pasos que Marieta esperaba ya, no se dejara oír en la ~~boja~~ ^{boja}za.

La joven se separó del capitán.

" Huya usted, le susurró,

" Que mala suerte, suspiraba el capitán desembriagado.

No se hizo repetir el aviso, acababa de comprender lo peligroso que era para él estar solo en una arboleda con una mujer del país. Pero su pesar

era tan grande que mientras se alejaba camino de la aldea, volvió la cabeza dos o tres veces. Vió a Marieta errar indecisa buscando al parecer algo entre los helechos. Allí estaba Erika escondida, Drel no podía oír ^{lo que} ~~como~~ la joven le ~~había~~ decía:

" Que asco Erika, si yo llevo a tener un arma...."

" No pierdes nada por esperar. Lo cazarán mejor en el bosque".

" No sere yo quien pida clemencia para ese marrano."

Aquella misma velada al quedarse un momento solo con Marieta, el capitán le susurró:

" ¿Cuándo volveremos...."

" Habrá que ir más lejos, tal vez del lado del bosque, aquí nos ~~descubrirán~~ ~~encontrarán~~ otra vez"

" Vamos a donde tu quieras."

Dos días ~~después~~ ^{mas tarde} Drel acudía a una cita que Marieta le había dado después de haberle explicado minuciosamente el camino. No podía el capitán equivocarse y, efectivamente no se equivocó. Pero a penas había llegado a la espesura cuando un grupo de resistentes capitaneados por Nicolás, se le echó encima. El hombre comprendió que estaba perdido. No trató siquiera de resistir. Sólo dijo:

" ¡Perra mujer!"

Nadie comprendía esas dos palabras pues las había expresado en su propia lengua. Por otra parte, poco les importaba lo que dijera el oficial. Sabían lo que necesitaban para condenarlo.

Desarmado y maniatado, el capitán esperaba que se decidiera su suerte. No dudó un solo instante que ésta sería terrible. Se lo decía el odio que brillaba en los ojos de los resistentes, sobre todo en los del que los capitaneaba.

En esto llegó Marieta y el prisionero tuvo aun el candor de creer que la muchacha iba a interceder por él: pediría algo de clemencia. Pero le bastó la sonrisa irónica y vindicativa que le dirigió la muchacha para perder la esperanza entera.

" Lo ahorcaremos para ahorrar balas", explicaba Gregorio a su novia.

Marieta aprobó con la cabeza. Parecía decepcionada, como si la horca fuese poco para la ofensa del capitán. Seguía con la mirada ~~los~~ los preparativos de la ejecución sin perder un solo detalle. No se olvidaba de mirar de vez en cuando al reo para observar su expresión. Deseaba verlo tembloroso, acobardado, suplicante. Pero no pudo satisfacer ese deseo, el capitán permanecía sereno y despreciativo, con la cabeza alta y la mirada orgullosa.

Vió por fin a su joven pretendiente suspendido a la rama de un roble con la lengua colgando y aquellos ojos tan azules fuera de las órbitas. Esos ojos no cesaron de mirarla hasta que la luz de la vida se extinguió en ellos. Ella tenía los suyos clavados en los del oficial, como fascinada. Había olvidado a sus compañeros y el sitio donde estaba. Hasta que alguien le tiró de la manga.

" ¿Vamos?"

Marieta comprendió que no podía volver a la aldea, debía seguir a los resistentes. Dió algunos pasos con la cabeza vuelta hacia Drel. Por años que viviera no podía olvidar aquella cabellera rubia que veía despeinada por primera vez, con un rizo ~~rubio~~ balanceándose lentamente junto a la cuerda.

*

La desaparición del capitán y de la joven aldeana había causado gran revuelo en Hernam. Alguien ~~había visto~~ salir a la pareja uno en pos de otro por el camino de Meaulx. La vergüenza y el dolor embargaban el ánimo de los desventurados padres mientras la inquietud se filtraba en la del sargento Rumpech que asumía las funciones de jefe en ausencia del capitán. Sospechó en seguida que su superior había caído en una emboscada. No le habían pasado por alto los galanteos del capitán ni las coqueterías de la labriega. Personalmente no creía en la buena fe de la ~~aldeana~~ ^{muchacha}. No podía comprender tampoco que el oficial se abandonara a un juego tan expuesto. Opinaba que las mujeres son demonios con faldas y sonrisas y miradas más peligrosas que las escopetas y las pistolas de los resistentes.

Drel y Marieta llevaban ya ausentes de la aldea unas seis horas cuando

el sargento se decidió a obrar. Reunió a los soldados y les comunicó la desaparición del capitán. Tal vez no le sucedía nada de particular pero lo más probable era que hubiese caído en poder de los resistentes. Pocas probabilidades quedaban pues de rescatarlo con vida; ^{sin embargo} ~~pero~~ había que intentarlo y, desde luego encontrarlo vivo o muerto.

Dispuso que le acompañaran a casa de los Rohe, y, ante la expectación y el espanto de todos los vecinos, la tropa armada y formada atravesó la aldea y penetró en el alojamiento del capitán.

Cuando Martin y Edwich vieron su casa invadida por los soldados, pusieron a temblar de miedo. Comprendieron enseguida que algo muy grave iba a suceder. Lo primero que Rumpech les espetó es que quedaban los dos detenidos. Les acusaba de complicidad en el secuestro del capitán, exigía que sin pérdida de tiempo le dijeran el lugar donde estaba detenido.

Ni las protestas de inocencia de Martin ni las lágrimas ni las quejas de Edwich lograron ablandar al sargento. No podía creer que los padres ignorasen las andanzas de la hija. Cansado de discutir y cada vez más enojado comunicó a Martin que de no aparecer el capitán podía considerarse muerto. No sabía que clase de suplicio le destinaría pero, desde luego, sería digno de su traición.

Edwich gemía:

" No sabemos nada, "

Rumpech vociferaba:

" Embustera. "

Y hasta hizo el gesto de abofetearla.

Martin callaba anonadado. Su cuerpo parecía de trapo, las piernas le temblaban hasta el punto de negarse a sostenerlo obligándolo a apoyarse en la mesa para no caer. ~~Toda la anterior sensación que~~ En el lugar donde antes estaba su cabeza, llena de ideas de paz, de concordia y de amor universal, había ahora un punto doloroso, ^{como} un tumor pronto a reventarse.

El sargento había mandado a buscar al anciano Anrhem que, con Martin, constituía todo el elemento masculino de la aldea. Los soldados lo trajeron casi en vilo pues caminaba como una tortuga.

Rumpech le dijo que tenía que ir al monte y ponerse en comunicación con los resistentes. El anciano era sordo y además no comprendía el cham-purreo del extranjero.

"Díce que vaya usted al monte, que hable con los nuestros" explicó Martín.

"¿Qué? gimió el viejo.

"He dicho al monte," rugió Rumpech. "Averigüe lo que han hecho los terroristas con el capitán."

"No tendré fuerzas," gimió el anciano, "me helaré allí."

Martín tradujo las palabras de Anrhem.

"No importa," gritó el sargento. "Que vaya y sino que reviente. No quiero exponer a ninguno de mis soldados a otra emboscada."

"Puedo ir yo..." insinuó Martín.

"¡Ca! Si va usted ya no vuelvo a verlo.

Entonces Rohe suplicó a Anrhem.

"Vaya usted, cuénteles lo que sucede, que vengan a salvarme, por Dios!"

El anciano seguía gimiendo.

"No volveré, seguro, me moriré de cansancio y de frío."

"Basta," espetó el sargento, y, dirigiéndose a los soldados les mandó que entregaran a Anrhem una manta y un zurrón con provisiones.

"Acompañenlo hasta la salida de la aldea."

Los soldados empujaban ya al anciano hacia la puerta cuando el sargento advirtió a Martín:

"Dígale que les doy veinticuatro horas de tiempo a partir de las nueve de esta noche. Si dentro de este plazo no han vuelto con noticias concretas del capitán, dese usted por muerto, señor alcalde."

Anrhem caminaba ahora por despoblado, arrastraba los pies mientras exhalaba frecuentes y lastimeros suspiros. De vez en cuando volvía la cabeza para ver si alguien le seguía. Estuvo algún tiempo parado observando en derredor, escuchando el silencio profundo de los campos, creía distinguir algún paso furtivo. Satisfecho al parecer de este examen, torció por el camino de Meaully dirigióse y paróse por fin delante de la puerta de Brika.

Llamó quedamente con los nudillos.

" ¡Erika! eh, Erika! "

La viuda reconoció la voz y abrió.

Era una hermosa mujer de unos cuarenta años, alta entrada en carnes, con ojos inteligentes y trazos enérgicos.

Hizo entrar al anciano y escuchó la historia de la desaparición de Marieta y del capitán. La mirada le brillaba de contento.

" Así pues, lo han cazado? "

" De momento los cazados somos nosotros. Martin y Edwich están presos y yo obligado a ir en busca de los resistentes para comunicarles que si el capitán no comparece antes de veinticuatro horas, Martin será ejecutado.

Una sombra pasó por el semblante de Erika.

" Tenemos que salvar a Martin. "

Calzose las botas claveteadas, echose una capa por los hombros.

" Vamos, Anrhem. "

Erika conocía muy bien el lugar donde Marieta había citado al capitán. Después de un trecho de camino dieron con lo que buscaban: el cuerpo de ~~Drel~~ Drel colgado de una rama, ya rígido.

" Hagámoslo desaparecer, decidió Erika.

Anrhem no tenía fuerza ni maña para descolgar el cadaver, Erika se encargó de la faena. Trepo al árbol, cortó la cuerda con un cuchillo que llevaba a la cintura. Toto esto a oscuras pues la luz del farol podía haberlos descubierto.

" Enterrémoslo, dijo la viuda. ^{descubra} Es preferible que el s argento no ~~halla~~ la menor huella.

" Puedo encargarme yo de eso, tu ves a avisar a los muchachos.

Erika emprendió la cuesta, Anrhem se envolvió en la manta, se tendió a descansar, ~~durmió~~ durmióse casi inmediatamente. Se despertó cuando clareaba, ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ inmensos girones de ~~núe~~ niebla flotaban aún por el bosque. El frío y la humedad de la noche habían penetrado en la carne y hasta en los huesos del anciano; a penas podía moverse. Poco a poco se desentumeció, vio estirada a su lado aquella forma inerte y rígida que habia sido un

brillante oficial. El flamante uniforme había sufrido poco, galones y botones seguían relucientes e intactos. Anrhem recordaba la arrogante figura del extranjero, su voz autoritaria, su sonrisa fatua... Echóse a reír con una risa cascada de viejo. "¿Quién te lo iba a decir, joven capitán, hace un par de días, que este pobre viejo sería tu sepulturero?"

Precisaba ocultar el cadáver, cavar una fosa. Anrhem no tenía a mano ni pala ni pico, podía ir a buscarlos a la casa de campo más próxima, pero no estaba seguro de que fueran resistentes, podían denunciarlo... podían fusilarlo... No iría, no, aún le tenía apego a la vida. Quería ver el final de la lucha, confiaba en la expulsión del enemigo. Gozaba de antemano pensando en ése momento. Hanes, el chico de Johanna, se estaba haciendo todo un hombre, pronto podría ponerse al frente de la ^{no} tienda, entonces el abuelo viviría tranquilo. Ahora no, aún no.

Arrastró el cadáver hasta el lugar más apartado de la arboleda. Sin ahorrar tiempo ni esfuerzo, cavó una fosa sirviéndose únicamente de las uñas. Metió al muerto en el fondo y en seguida la llenó de tierra y de guijarros. Luego amontonó y extendió por encima hojarasca y ramas secas, de tal manera que allí no quedaba rastro de sepultura.

Terminada la fúnebre tarea, Anrhem, que se sentía muy cansado, volvió a tenderse envuelto en la manta. Durmió de nuevo, pero un rato después se despertó sobresaltado; estaba soñando que Rzmpech y los soldados les descubrieran junto al cadáver. El sargento, lo mandaba colgar de la misma rama que sirvió para el oficial. "Por Dios, decía Erika, no lo ahorquen, fusílenlo."

Anrhem no tenía ya sueño. Levantose lento y pesado. En el bosque la quietud era perfecta. Comprendió que estaba libre pero no se sentía con ánimos de volver a la aldea. Prefería huir, buscar refugio cerca de alguien, en otro lugar. Sin salirse del robledal podía llegar cerca de Glosters donde vivía su primo Bretzer, resistente también. Bretzer estaba ahora emboscado pero en la casa quedaban la mujer y la hija. Les contaría lo acontecido, ellas no le negarían hospitalidad.

Mientras él iba buscando su salvación en una casa amiga, en Hernam Martini y Edwich esperaban con angustia el socorro de los resistentes.

Cada minuto que pasaba empeoraba la situación. No se sabía nada ni de Drel ni de Marieta y tampoco de Anrhem. El sargento estaba furioso contra todo el mundo y dispuesto a vengar en el matrimonio Rohé el crimen de los ausentes. Paseaba por la cocina y sus botas golpeaban el enlosado, producían un ruido incesante que se clavaba en las sienes de Martín.

Cada cinco o seis minutos, el sargento sacaba el reloj del bolsillo, y decía :

" Falta aún media hora."

Un momento después repetía la operación:

" Faltan aún veintitres minutos."

Volvía a pasear. Parábase y miraba a los dos campesinos sentados cerca del fuego.

" Ya no faltan más que veinte minutos."

Martín y Edwich no contestaban ni se movían, él con las manos crispadas sobre las rodillas, ella con los brazos caídos en el regazo. El rostro de Martín aparecía blanco y rígido. "Como si estuviese difunto ya", decía Edwich. No estaba segura de sentir bastante pena ni de experimentar el suficiente dolor por lo que iba a sucederle a su marido. Creía que el sargento sacrificaría sólo a Martín y sentía una especie de culpable alegría de poner seguir viviendo aún después de esa atrocidad.

La noche era silenciosa como una tumba inconmensurable. Sólo se oía de vez en cuando el paso de los centinelas por la tierra endurecida. La mirada de Martín se fijó de pronto en la de Edwich como si adivinara su pensamiento. Y esa mirada parecía reprocharle algo. Entonces Edwich hubiera querido sentir más esa separación que presentía, hubiera deseado morir junto a Martín como una buena esposa y eso le era imposible. Compadecía a Martín pero no deseaba morir con él.

Martín pensaba vagamente que antes de morir debería pedir perdón a su mujer. No sabía de cierto de lo que deseaba ser perdonado. Quizas de su egoísmo de hombre libre, quizás de sus interminables discursos pacifistas tan inadecuados ahora. Pero él, tan elocuente de ordinario, no hallaba pa-

labras con que expresar lo que sentía. Su cabeza parecía un horrendo agujero en el cual se perdía su pasado de campesino: labranzas, siembras, riegos... Casamiento con Edwich, labranzas, siembras, riegos... Nacimiento de Nicolás, labranzas, siembras...

" Ya no faltan más que diez minutos, decía la voz de Rumpech.

Un momento después se oyó un tiro a lo lejos. Venía de lo alto de la aldea, hacia la entrada del camino de Meaulx. El sargento reconoció en seguida el disparo de fusil de un centinela, inmediatamente otro y otro. Supuso que los soldados se las tenían con los secuestradores del capitán. Se echó a correr olvidando a sus prisioneros.

Edwich y Martin se miraron con ojos diferentes, con ojos nuevos donde brillaba ya la esperanza.

A lo lejos, se intensificaba el tiroteo. En la aldea, las puertas de las casas se abrían una tras otra, aparecían luces en la calle, se paseaban por las tinieblas.

De pronto, con una rapidez asombrosa, el tiroteo se desplazó, se acercaba al Ayuntamiento. A las secas y breves descargas de los fusiles modernos, se mezclaban las detonaciones explosivas de las viejas escopetas de caza y el estallido casi teatral de las pistolas antiguas.

Las mujeres, corrían asustadas a encerrarse de nuevo en sus viviendas. Una voz femenina gritaba en la oscuridad.

" Cerrad las puertas y las ventanas."

Se oyeron pasos precipitados que venían del lugar del combate. Alguien era perseguido y trataba de escapar. Sonó ~~xxx~~ un tiro casi en la puerta de los Krefeld. Los pasos cesaron de pronto. Las luces desaparecieron, las puertas se cerraban con violencia.

Ahora se luchaba en mitad de la calle, entre casa y casa, delante de cada puerta. A los estallidos de las armas se mezclaban voces de mando y tan pronto esas voces eran en la lengua de los campesinos como en la de los ocupantes. Formas humanas, como sombras de un baile satánico, saltaban, se contorsionaban, arrastrabanse junto a los muros, se levantaban, se volvían a

caer.

Alguien llamaba con el puño a una puerta cerrada, los puñetazos iban debilitándose. Más allá una voz entrecortada gimió :

" Catalina...Catalina...

Uno de los extranjeros gritaba algo en gangosa jerga, otro pedía auxilio con jadeo desesperado.

Aún sonaba algún tiro aquí y allá pero ya cesaba la batalla.

Las mujeres volvían a salir de sus casas con linternas y candiles, proyectaban la luz sobre los cuerpos yacentes. La mayoría eran soldados. Los había con el rostro sucio y desfigurado por los golpes y las heridas, los había serenos y limpios como si durmieran en sus camas.

Uno de los heridos lloraba nombrando muy bajito a su madre. Repetía sin cesar esa palabra que se parece en tantas lenguas : Madre, mère, mother, mutter...Sofía Kart que pasaba por allí, tenía tres hijos entre los resistentes y al oír aquella palabra se paró en seco y escuchó. La luz de su linterna se proyectaba sobre el rostro del herido. Este miró con esperanza, dijo debilmente :

" Tengo sed"

Pero Sofia no lo comprendió. El soldado repetía:

" Sed...sed...

Sofía permanecía inmóvil. Entonces el herido volvió a gemir:

" Madre...madre...

Su llanto fue debilitándose hasta que cesó por completo.

Sofía se alejó. Iba de pronto muy ansiosa buscando a alguno de sus hijos entre los heridos y los muertos. De pronto tropezó con su nuera.

" Oye, Trudy, has visto a Johann?"

" Si, madre, dijo la joven sin disimular su gozo, vive!"

" Y Mateo, y Alois?"

Trudy no contestó: era como si le bastara saber que su marido vivía.

Marta y Johanna llevaban arrastrando a un herido. Este gemía y se callaba, volvía a gemir y volvía a callar. Sus gemidos eran cada vez más débiles,

más espaciados.

Pasó la viuda Egger envuelta en su capa; empuñaba el revolver que fue del capitán Drel. Se dedicaba a rematar a los enemigos heridos: "Ni heridos ni prisioneros," le había ordenado Bastian Mons, el nuevo jefe de la guerrilla.

Catalina Krefeld también buscaba con la linterna en la mano. Le parecía haber oído la voz de Pascual llamándola con insistencia. Mientras iba inspeccionando cuerpo por cuerpo, vió al sargento tendido en tierra. Lo reconoció por su corpulencia y por el uniforme. Tenía el rostro destrozado por un escopetazo descargado a boca de jarro. No se movía ya ni respiraba.

Alguien tiró de la manga de Catalina.

" ¡Venga volando!"

" ¿Le sucede algo a Nicolás?"

Corría en pos de una forma femenina que parecía Marta Mons.

La joven se paró ante un cuerpo yacente; ~~que~~ no era el de Nicolás sino el de Pascual. Permanecía inmóvil con los brazos en cruz y la cabeza vuelta hacia su casa como si aguardarava alguien.

Catalina se arrodilló a su lado, le tocó las manos y el rostro.

" Pascual...Pascual..."

El hombre no contestaba ni se movía.

" Pascual...Pascual..."

" Llévemolo a su casa," propuso Marta Mons.

Las dos mujeres podían a penas levantarlo del suelo. Acudieron Sofía y Trudy y, entre las cuatro lo transportaron hasta la entrada y allí lo tendieron en un sofá.

" Pascual, Pascual, ¿no me oyes?"

Marta tocó la frente y las manos de Krefeld. Las encontró tibias pero los ojos, que parecían mirar al techo con espantosa fijeza, estaban ya vidriosos. La joven pasó por ellos una mano. Catalina gritó indignada:

" ¿Es acaso un cadáver para que le cierres los ojos?"

Tomó la cabeza de su marido entre las manos, volvió a llamarlo.

" Pascual...Pascual..."

Krefeld tenía un agujerito en la frente, insignificante orificio sangriento rodeado de una masa oscura ya cuagulada. Catalina no podía creer que eso sólo lo hubiera matado.

" Venga conmigo, mujer, "le decía Marta. "Krefeld ya no la necesita."

" ¿No le alegra pensar que Nicolás vive? " le decía Sofia a manera de consuelo.

" Y Johann y Pedro y Andrés... ~~le decía~~ con júbilo Trudy.

Catalina no se movía. Se resistía a creer que Pascual estuviese muerto. Y si se despertase de pronto? ¿Si volviera a llamarla como un rato antes?

" Veos, vosotras, yo me quedo con él."

Cuando las otras aldeanas hubieron salido, Catalina se arrodilló junto a Pascual, le tocó varias veces la mejilla, luego las manos: tenían ya la rigidez de la muerte.

" Es verdad que me has dejado, Pascual Krefeld?"

Y de pronto sintió que aquel objeto largo, estirado y mudo no tenía que ver con su marido: Era horrible y le daba miedo. Levantose de un salto, se dirigió con precipitación a la puerta. Allí se detuvo como arrepentida. Retrocedió hasta el sofá, dijo en voz baja:

" Adios, adios, Pascual Krefeld."

*

Rohe, Anrhem y Marieta, con la complicidad de otros resistentes, se ocultaban en Glosters. Los demás, incluso los heridos del sangriento combate, volvieron a la montaña.

Las mujeres se encargaban de todo: eran labradoras, pastoras, leñadoras, sepultureras... Habían enterrado a Pascual Krefeld y a dos muertos más de la aldea, en el cementerio parroquial, sin responsos ni agua bendita. A los soldados extranjeros los sepultaron en el abandonado huerto de la antigua rectoría.

Se había presentado el invierno con sus nieves y sus ventiscas: el mejor aliado del ejército de ocupación. El comandante de la región ocupada, residente en Kirch, tuvo la habilidad de proponer oficiosamente a los rebeldes una especie de tregua. Les prometió dejarlos en paz ~~exigiendo sólo~~ ^{exigiendo sólo} ~~condición que~~ ^{condición que}

entregaran las armas y se mantuviesen tranquilos. No podrían ausentarse de Hernam, quedaban allí en calidad de rehén.

Uno tras otro, los resistentes iban regresando: algunos llegaban enfermos, otros con las heridas mal curadas y todos tristes, recelosos, descorazonados.

Una parte de los productos de la tierra y una parte de las resas y de la volatería sería para ellos, otra parte para el ejército de ocupación. Podían pues considerarse muy afortunados. Pero a la primera víctima que hubiere entre los oficiales o soldados de ocupación, todos los hombres de Hernam serían pasados por las armas.

Los resistentes depositaron las viejas pistolas y algunas escopetas en la Casa Consistorial. Dejaron algunos fusiles en lo hondo de una cueva para el momento de la revancha, en la que todos confiaban.

La nieve cubría los campos, los campesinos se movían a penas de sus casas. Sabían que en otras regiones de clima más benigno, la resistencia se organizaba progresivamente. Tenía ya sus regimientos y sus jefes. Nadie empero parecía acordarse de aquella comarca desventurada ni de sus habitantes, ellos, que habían sido los primeros resistentes del país y ahora prisioneros del frío y del ocupante.

A comienzos de la primavera, un coronel que viajaba con su escolta entre Meaully y Kirch, desapareció misteriosamente con los hombres que le acompañaban. La comandancia de Kirch mandó a algunas patrullas con la misión de recorrer las aldeas, los villorrios, los despoblados y encontrar a los desaparecidos vivos o muertos.

Después de largas y penosas búsquedas, una patrulla halló el cadáver del coronel y el de su ayudante acribillados a balazos. Estaban enterrados en la nieve, en lo hondo del robledal, a dos kilómetros escasos de Hernam. Precisaba encontrar y castigar a los asesinos. pero el Estado Mayor sabía, por repetidas experiencias, que abrir un proceso no serviría de nada. Aun que detuvieran a todos los campesinos y los interrogaran uno a uno, no descubrirían a los culpables: nunca se delataban entre ellos.

Para vengar al coronel se acudió a la legión cosaca. Se distinguía

ésta por su arrojo y crueldad. Cada vez que un asunto presentaba mal cariz se daba carta blanca a los cosacos. Era un procedimiento perfectamente hipócrita en cuanto a la justicia pero muy eficaz en cuanto a la afirmación de la autoridad por el terror. Los cosacos despreciaban la vida, lo mismo la suya que la de los otros. Por un quitame allá esas pajas expedían un hombre o varios al otro mundo.

Montados en sus caballos vivos y ligeros como centellas, los cosacos sitiaron Hernam, detuvieron a todos los hombres y los encerraron en el Ayuntamiento. Mujeres y niños quisieron acercarse a sus familiares pero los soldados los rechazaron a culatazos amenazándolos con matarlos allí mismo si no obedecían.

El jefe de la compañía no era cosaco, hablaba perfectamente la lengua del país. Interrogó a los aldeanos uno tras otro, prometiéndolo, rogando, amenazando. Pero los aldeanos no podían o no querían delatar a los asesinos del coronel; levantaban los hombros y callaban.

Después de una hora de inútiles y constantes interrogatorios, el oficial furioso, los mandó maniatar y llevar frente a la iglesia parroquial cuyas paredes eran altas, lisas y blancas. Los mandó colocar por grupos: a los diez primeros de rodillas con los ojos bendados y las manos atadas a la espalda. Entre ellos estaban Pedro Mons y Andrés Rohe. Y, ante el silencio de toda la aldea aterrorizada mandó formar el pelotón de cosacos y dió el grito de fuego.

Los diez hombres cayeron.

El jefe preguntó a los restantes si querían seguir callando o si alguno podía ahora decir algo sobre el asesinato del coronel. Pero nadie contestó ni se movió. Entonces mandó fusilar a los once siguientes entre los cuales se hallaban Gregorio Retz, Nicolás Krefeld y dos hermanos Kart.

Cuando hubo ya veintiun cadáveres en el suelo, el oficial preguntó a los resistentes que quedaban.

" Y vosotros, ¿teneis algo que decir ?

" Si, gritó con irrefrenable ira Bastian Mons, "que nos despachen cuanto antes!"

Una vez la tremenda labor terminada los cosacos volvieron a montar en sus caballos y , con un ruido infernal de cascos y de espuelas, abandonaron la aldea.

Treinta y dos cuerpos de hombres, una hora antes jóvenes y sanos, todos los de Hernam menos el de Martin Rohe y el de Anrhem, que lograron esconderse a tiempo, quedaban estirados en el suelo de la placeta.

Después de la tragedia de Hernam la aldea siguió ocupada por un grupo de soldados y un teniente. Y, era de ese oficial de quien Marta acababa de aceptar un vaso de vino.

" Perdon Bastian, perdon Pedro, no os avergonceis de vuestra hermana. He bebido con el enemigo, con vuestro verdugo, soy una mujer indigna! "

*